



## Filosofando en anarquista

### El fracaso de la civilización

No hay palabra en el Diccionario que haya dado lugar a tanta fraseología y ditirambos huero. Políticos, literatos, filósofos, artistas. Todos han cantado la civilización; todos han tenido para ella los más sonoros párrafos de sus peroraciones.

Y he aquí que nosotros, anarquistas por contextura natural, nos preguntamos después de haber leído multitud de artículos y ensayos "civilizacionistas" ¿qué cosa es la Civilización?

Porque, a nuestro juicio, Civilización, que viene de "facere civilis", educar, hacer a un hombre ciudadano, es decir, civilizarlo, no puede ser en ningún modo la invención de leyes positivas, la fabricación en serie de medios coercitivos, de coacciones legislativas ya sean de índole moral o material. Y a esto se reduce toda la civilización que ha despertado siempre raudales de lirismo en todos los senadores cursas y vivales redomados que a costa de ella han vivido.

Sólo hay un sector en toda la Humanidad que no cree en la Civilización.

Y no cree, porque la Civilización como la Democracia es un miserable timo con el cual el capitalismo ha explotado sin peligro alguno cientos de generaciones. Los anarquistas no podemos reconocer como beneficiosos al ser humano los frutos de esta civilización burguesa. Porque todo progreso que no va encarnado en la bondad carece de la condición esencial para ser útil.

El maquinismo es una de las encarnaciones de la civilización; es el progreso al servicio del capitalismo para hundir definitivamente al proletariado. Al dueño de una industria no le interesa el número de familias que ha quedado sin comer desde el momento que en su fábrica se introdujo una máquina que con sólo cinco hombres hace lo que cuatrocientos brazos. Le interesa únicamente la economía de los jornales. Doscientos hombres a quienes el progreso ha condenado a perecer.

En el terreno social es el maquinismo el prototipo de los avances del progreso. Venamos en el terreno científico.

Una ciudad moderna. Rascacielos, edificios construidos conforme a una técnica novísima. En ellos hay vertido un caudal de sudor y de millones. Página de la Guerra europea; en una mañana todo aquel alarde de progreso, los temerarios rascacielos que son la vanguardia de la edificación, caen desmoronados por el bombardeo de una escuadrilla alemana. He ahí la civilización contra la civilización, el progreso contra el progreso. El aeroplano inventado por la inteligencia para facilitar el transporte, para ayudar a la ciencia, para embellecer la vida, es empleado por la misma civilización libertadora para asolar, destruir, asesinar. ¿Dónde están los frutos beneficiosos de la tan cacareada civilización?

El Derecho positivo (el fabricado en los Parlamentos o en la sesera de algún dictador huero) es el fruto de la civilización. Ese Derecho es el que condena la rebeldía del explotado, el que permite la prostitución regulándola por medio de Reglamentos porque deja al Estado varios millones de beneficio líquido a costa de la degeneración de una raza y la dignidad de una sociedad cuya sensibilidad padece atrofia, es el que levanta cárceles para los que aspiran a una vida justa y libre, es el que deporta a esos hombres a las regiones donde abrasa el sol y el viento envenena, es el que consiente y aumenta los millones de "sin trabajo", baldón e ignominia de la Humanidad.

Dice Guizot en su "Historia de la Civilización Europea" que "el pensamiento capital que encierra la palabra "civilización" es la idea de progreso, o sea, el perfeccionamiento de la vida social en su desenvolvimiento moral y material". Esa es la civilización en teoría. Perfeccionamiento de la vida de la clase social privilegiada a costa de la clase que calla y transige; perfeccionamiento de los que comen sin trabajar a expensas de los que producen sin apenas consumir. Eso es en la práctica.

Kurtz la encumbra más aún. Para él "es la forma de la sociedad en que existen mayores medios y

más facilidades para que el hombre pueda alcanzar su fin último". ¡Bellas frases!

Grecia fué del mundo antiguo el pueblo civilizado por excelencia. El arte, la filosofía, la literatura, fueron patrimonio suyo. Sin embargo aquel emporio de ilustración admira y fomentaba la esclavitud. Roma admitiéndose la cultura griega constituyó un pueblo culto, civilizado. Y a pesar de ello el esclavo era vil mercancía condenada a los más inhumanos martirios. Una civilización como la de estos pueblos no merece llamarse así, sino esclavitud.

De entonces acá el progreso ha sido un progreso efímero, exclusivamente material. Las condiciones morales han variado muy poco.

El objeto de toda civilización es el perfeccionamiento de la vida en su desenvolvimiento material y moral, es el medio que más facilidades brinda al ser humano para cumplir su fin propio, o lo que es lo mismo, es la bonificación de la vida, la moralización de las costumbres, el embellecimiento del vivir.

Si esto es civilización, según sus burgueses panegiristas, nosotros, repetimos alzando la voz que esa civilización ha fracasado amplia y rotundamente. Razones que esto prueban hemos expuesto ya. Queda una, incontrovertible, irrefutable.

En veinte siglos de era cristiana en la que la cultura se ha abierto ancho campo, esta civilización burguesa a pesar de todos sus miles de cárceles, de todos sus ingentes ejércitos, de toda su amestrada policía, de todos sus patibulos, a pesar de todos los elementos represivos de que dispone, ha sido impotente para colocar con toda su filosofía un dique, contra ese torrente de sadismo detestable que se desborda; no ha enseñado al hombre la fraternidad, sino el fratricidio; no ha puesto jamás en práctica, aunque lo ha pregonado a los cuatro vientos, aquello de "no matarás", sino la Ley del Talión. El fin propio del hombre es vivir libremente, libertariamente. La civilización en nombre de un Derecho artificial contrario a las leyes naturales le estrangula esa libertad. De la esclavitud económica actual a la esclavitud antigua sólo existe una diferencia de forma.

La civilización no ha moralizado las costumbres (hablamos en un sentido ampliamente naturalista y libertario), ni ha bonificado la vida, ni ha facilitado al ser humano los medios para cumplir su fin propio, ni ha embellecido el vivir. Nada de esto ha hecho esa civilización a quien continuamente se rinde pleitesía apoteósica. ¿Se quiere un fracaso mayor?

JACINTO TORIO

### Carta abierta sobre "la defensa de la Revolución" (1)

A mi antiguo amigo Sebastián Faure, cordialmente.

Leído tu artículo: A propósito de la "defensa de la Revolución voy a exponerte las ideas que él me inspiró.

En él dices: Yo pienso que los anarquistas no han de detener más que una revolución anarquista, es decir, la que venga a hacer tabla rasa de todos los sistemas e instituciones de carácter autoritario.

Ahora bien, para que de una revolución surja espontáneamente una sociedad comunista anarquista viable, precisa que beneficie de un concurso de circunstancias favorables tan excepcionales por ninguna revolución contemporánea todavía concebida.

Efectivamente, la aplicación de la fórmula "a cada uno según sus necesidades" con toma del montón a voluntad de cada uno, supone poder gozar sin tasa de una acumulación de productos alimenticios y de objetos de todo clase, capaz de satisfacer por largo tiempo todas las exigencias y caprichos del consumo.

La proclamación de la fórmula: "de cada uno según sus fuerzas", con trabajo libre, debe ir seguida, en el momento de la insurrección, de un utilaje industrial y agrícola

La revolución es la sacudida eclonadora de todas las manifestaciones ideales y activas de la vida general de la época que la sufre. Unifica todos los criterios diversos y los precipita con violencia en una dirección determinada. Su campo dinámico es la potencia acumulada por la vida de relación, de la potencia que se origina sin gastarse en el indiferentismo práctico de la evolución histórica. En un momento dado los hombres descubren, de pronto, que son mejores que la sociedad y se aprestan a dar por tierra con las instituciones que la motivan y rigen. Puede proyectar más divulgación ideológica la revolución en unos pocos días que la evolución en varios siglos. Sople formidable que renueva y propaga universalmente todas las doctrinas de avance social que antes de ella vegetaban raquíticas, estilizadas e incruentadas en el círculo vicioso de los grupos iniciados, por la doble causa del retraimiento de éstos y de la indiferencia de los pueblos. Distribuye la siembra a granel de las nuevas ideas que la forman por doquier, profundizando en la adaptación múltiple y varia su sentido y multiplicando su vitalidad por el número de hombres que conquista.

Nada de lo vetusto que obstruya la libertad y hiera la nueva sensibilidad de los hombres puede resistir al extraordinario fenómeno de la revolución. Los mismos sedimentos de los prejuicios seculares fermentan al calor del entusiasmo revolucionario y son liquidados por la fuerza vital del orden que se gesta.

En la revolución veréis al filósofo ateo mezclado con el místico, dejar ambos su torre aristocrática y correr a la barricada, confundirse en la lucha, armas en la mano y verbo de acción en la lengua, animando a todos con su presencia y sus actos. Veréis al poeta que hasta entonces vivió y creó en lo abstracto, pretendiendo encerrarse en quién sabe qué estafaratorio arte poético, correr también él en medio de la batalla, porque comprenderá que sólo después de esa acción encontrará belleza en el nuevo mundo que se levanta. Veréis al sabio pasar por encima de sus retortas y de sus alambiques y allegarse impetuoso a la brega porque comprenderá que sin el triunfo del esfuerzo de tal acción su ciencia nunca podría ser útil a la humanidad entera, porque el viejo sistema de cosas delimita su divulgación y tergiversa sus consecuencias. En revolución veréis al filósofo terrible, renovado de golpes y convertido en un heroico Babilá o Garroche que no titubea en sacrificar su vida. En revolución veréis a la mujerzuela que nunca fué otra co-

sa que comandara comadre, convertirse súbitamente en mártir de un ideal. En revolución el bilioso vejete, que acostumbra no hacer otra cosa que cularse la gata, se transforma en el terrible guerrillero que desde su buhardilla ametralla sin cesar a los versalleses. En revolución el obrero servil es clarín de rebeldías y brazo de acción. Todos en fin, jóvenes y viejos, mujeres y hombres, incultos y doctos, activos y pasivos, ricos y pobres, toman parte en la lucha que los precipita a la conquista de un nuevo convivir.

Para que la revolución consiga interesar a todos los hombres, es preciso que atropelle la estabilidad de la ubicación económica y social de todos; derribarla la poca o mucha fortuna que posean y obligarle a tomar partido pro o contra de la renovación que intenten los revolucionarios. El interés de todos en la solución del gran conflicto que inestabiliza constantemente su posición, es la mejor garantía de su intervención decidida en la lucha.

Sólo la revolución que consiga provocar el desequilibrio completo de todo el supuesto orden existente será capaz de crear la fuerza de masas suficiente a destruir todos los obstáculos de la reorganización universal. En el mundo nada se mueve sin una fuerza que le impulse. La fuerza interior a la resistencia del obstáculo se gasta estérilmente. Cuanto más impotente sea una fuerza social, cuanto más violencia debe emplear para el logro de una conquista cualquiera y tal vez no pasará de una tentativa frustrada.

La razón no basta se ha dicho infinitas de veces. Y se ha dicho bien. Es poca cosa predicar verdades en una sociedad en que cada hombre tiene su punto de vista trabajado por el interés individual. La verdad social que no es divulgada e impuesta por la fuerza de la revolución envejece antes de practicarse y cuando se actualiza ya no es más la última verdad sino una nueva causa de retroceso. La llamada revolución en los hechos, más es pueril suponer que ella sola basta a modificar las caducas formas de convivencia. Para esto se necesita la potencia incontrastable de las masas sublevadas con violencia suprema contra las bastillas de la sociedad presente. Y no sólo basta destruir los sofismas y las instituciones, sino que es menester que el pánico cunda en las clases reaccionarias hasta tal punto que anule su capacidad de obstrucción de la obra revolucionaria. Ba-

jo cualquier régimen autoritario, nunca se conquistará a tiempo un derecho efectivo, actuante, si no se destruye la capacidad de resistencia de los interesados en obstruirlo. Cuanto menos violenta se inicie una revolución social tanta más violencia deberá emplear para defenderse de los amagos de reacción.

Todas las capas sociales deben estar penetradas por las ideas básicas de la revolución. La revolución debe gravitar en todas las clases y de todas las clases deben acudir hombres a engrosar la gran falange sublevada. Este estado general es una condición previa del triunfo del movimiento: su efectividad es el síntoma específico de la madurez de las ideas revolucionarias. Pero el campo gravitatorio de su fuerza defensiva y ofensiva lo constituye el proletariado, clase histórica de la revolución, cuya organización previa debe ser inspirada y ejercitada por el actuar de los principios finalistas de la revolución. Esta capacitación revolucionaria del proletariado es la fuerza protectora indispensable al incubador de la revolución en todas las clases, cuyo estallido sin duda deberá ser provocado por el exceso de fuerza de la clase productora organizada.

Desde las emigraciones de los pueblos, causa primera de la lucha de clases, se constata que este conflicto provoca el desequilibrio social que fué históricamente el verdadero motor fundamental del desarrollo de los acontecimientos. Se constata que en la época actual la lucha de clases es un hecho evidente; se constata que dentro de la presente lucha de clases la clase más poderosa numéricamente, el proletariado, es la que más sufre, y, por lo tanto, la que está más interesada en la próxima revolución, se deduce, pues, de estas constataciones que la corriente revolucionaria que consiga organizar con sus propios métodos y fines a la clase proletaria, tendrá en sus manos el control de la revolución y la palanca que mueva el curso de los acontecimientos futuros.

La próxima revolución social, basando su fuerza mayor en el proletariado, debería pues, proyectar su determinismo en todas las clases y refundirlas en la igualdad de derechos naturales, lanzando previamente a la consideración pública el enunciado de sus finalidades fundamentales, cuyos principios cohesionarán libremente a todos los adherentes y los conducirán a una colaboración libre en

la obra destructora y constructiva. Consideramos indispensable la formulación previa de los fundamentos esenciales de la revolución. La acción revolucionaria deberá ser encauzada por la fórmula económica que mejor se deduzca de las posibilidades y que mejor defienda el éxito de la revolución. Los propósitos económicos unificarán la acción y la preservarán del caos y dificultarán toda posible reacción. La economía no determina por sí sola el curso de los acontecimientos, pero sí es la base para la cual germinan todas las fuerzas activas e ideales que invocan en consecuencia sin fin la marcha de los sucesos.

Es claro que podrán ensayarse diversos sistemas de organización económica que pueden fundarse sobre las circunstancias de tiempo y lugar. Pero, para hacer la revolución que deseamos, la que llegue hasta la destrucción completa de todas las causas de reacción, deberá contar con la fuerza de grandes masas; y éstas sólo se organizan revolucionariamente sobre bases concretas enunciadas de antemano. Además, no se tiene derecho a utilizar el progreso colectivo y el esfuerzo individual de todos para inducir a los pueblos a efectuar una revolución en pro de un régimen sin principios presupuestos, que no sabe lo que quiere crear, y que no garantiza la libertad (que no se puede asegurar sin la abundancia económica) y la igualdad de todos, utilizando en el mejor modo posible las fuerzas productoras. De ahí que no nos convenza el llamado anarquismo sin adjetivo. Nos interesa este "adjetivo" porque es el sustantivo de la revolución.

A la revolución le bastan los principios fundamentales para asegurarse el apoyo de las masas, organizar libremente su cohesión y dirigir la acción constructiva hacia el rumbo determinado; no necesita crear previamente las instituciones a semejanza del "Caserón" ni de la yema del régimen capitalista. La revolución no podrá hacerse nunca de un modo radical con multitud disciplinadas en los viejos sistemas de convivencia. Todo propósito de encarrilar a los hombres en rutinas políticas o económicas que tiendan a anular su libertad de obrar, es un atentado contra la capacitación del individuo en el sentido de que sienta el deseo y comprenda el beneficio de la libertad, condición imprescindible para convertirlo en una unidad de la revolución integral.

F. FALASQUI

piden el advenimiento de la sociedad nueva, constituida ya en casi todas sus partes, al igual que el niño instantes antes de liberarse de los órganos maternos.

Sin embargo, apesar nuestro, hemos de coincidir que nada en absoluto permite creer al mundo actual y moral, maduro para ese acontecimiento, y el mismo Errico Malatesta, en el "Libertaire" del 23 de agosto de 1931 muestra decepción y escepticismo al respecto.

Lo más probable — por no decir seguro — es que si ahora o dentro de poco estallara la revolución social, en cualquier punto del globo, se desarrollaría en las condiciones observadas con regularidad en todos los movimientos revolucionarios tenidos lugar hasta nuestros días. La revuelta la engendra la miseria o las guerras. Combates sangrientos que recuerdan los horrores de la guerra internacional se entablan en las calles. Hordas de gentes, inseguras de lo que les reserva el mañana se apoderan, con fines de provecho personal, de todo cuanto pueden, y, por otro lado, la multitud hambrienta se lanza sobre los depósitos de víveres, sin pararse a pensar si faltarán luego ni como serán, algo más tarde, renovados.

Si la insurrección es vencida, acaba ahogada en sangre. El triunfo se ve obligado a defenderse durante meses y a veces hasta años, contra los enemigos del interior y de los ataques del exterior, mientras se opera la ruda tarea de la reorganización.

En un período tan angustioso, ¿qué debería hacerse?

Tú respondes: "Yo estimo que, en caso de estallar un movimiento popular (huelga general, insurrección, batalla empeñada contra el régimen estatal o capitalista) no es posible que los anarquistas sean meros espectadores". Y citando a Malatesta, añade: "Su papel, entonces, es de impulsar tan allá como puedan la acción revolucionaria, de acuerdo con su inquebrantable voluntad de crear una situación en la que sea imposible imponerse los unos a los otros".

Pero, para crear esa situación, tú rechazas, por principio; todo poder militar, aún el controlado por la colectividad, toda fuerza política, mismo proletaria.

En consecuencia si la multitud presa de la psicosis particular de los motines, carece en general, de la prudencia de racionar, agotará rápidamente los stocks.

Si los campesinos desconfiados, se resisten a entregar sus cosechas o parte de ellas, al proletariado de la ciudad, se dejará a este faltar de pan antes que hacer sufrir al campo requesús.

Si los agentes de una nueva chuanería dedican a fomentar perturbaciones, a repartir con profusión manifiestos y hojas de toda clase divulgadores de falsas noticias, nadie les molestará en su labor.

Y si, engañados por las mentiras de una prensa venal, surgen los ejércitos de la contrarrevolución para restituir a los amos de la víspera sus privilegios, se les dejará entrar tranquilamente en la ciudad con el fusil colgado al hombro. Yo digo, que ninguna otra táctica con las mejores intenciones del mundo, parece más indicada para asegurar la derrota y muerte de la insurrección naciente.

Cuando por convicción anarquista se rechazan los métodos de defensa organizada y legislativos del socialismo revolucionario; cuando se prefiere ser víctima de la tiranía primero que practicar una autoridad defensiva, ni siquiera contra los adversarios que ansian nuestro exterminio, según mi criterio, no queda otro medio de lucha que la resistencia pasiva mantenida por los discípulos de Gandi, y esperar, como los primitivos cristianos de la Roma antigua, del proselitismo por la palabra y la nobleza de los ejemplos, la consecución de los fines perseguidos; eso, sino importándoles el futuro de la humanidad se contentan con las satisfacciones inmediatas del individualismo, considerado como vida y actividad personales, al margen de dogmas y convenciones sociales.

JEAN MARESTAN  
Trad. F. Occaño.

(1) Contestación de Jean Marestan, al artículo de Sebastián Faure "A propósito de la defensa de la revolución", publicado en Solidaridad Obrera. Este trabajo, era una respuesta a las resoluciones adoptadas por la Federación anarquista de Languedoc en su último "Congreso en Lezignan (Francia), que el "viejo" y venerable compañero y amigo Faure conceptuó de resabios autoritarios. — El traductor.

J. Bertrán, impresor, Cerdeña, 202